

¡FELIZ AÑO NUEVO, 1958!

Francisco Miguel Cubero Lorón



Capítulo 1

¡FELIZ AÑO NUEVO, 1958!

La carbonería.

Era invierno y en la calle San Agustín no se veía ya a casi nadie en ese atardecer grisoso. Es una calle estrecha y larguirucha, con alguna tienda o pequeño taller en el que se oye el ruido estridente del esmerilado de algún hierro. Manuel iba a la carbonería de los padres de su amigo Pedro, lúgubre y tristona, donde las diferentes clases de carbón se apilaban separadas por paredes bajas, como si fueran establos para caballos. Tal vez lo fueron en otra vida anterior. El adoquinado de la calle hacía sonar el avance de un carro de mano, del que un chico un poco más mayor que Manuel, tiraba cargado con unos sacos que debía de estar repartiendo, aunque era un trabajo más propio para algún mulo aburrido y sin más recompensa por ello que un saco de paja, a la noche.

La puerta de la carbonería estaba siempre abierta, como si el frío del atardecer no importara, y las escasas bombillas sólo destacaban que las paredes de la tienda estaban cubiertas por una nevada de siglos, hecha de polvo de carbón. Entró y allí estaba la señora María, la madre de su amigo, trajinando sacos de maderas cortadas para encender las estufas de la gente del barrio, con la que calentar sus casas antiguas, humildes, que nunca conocieron la existencia de las calefacciones centrales de las casas para ricos, más hacia el centro de la ciudad.

- "Hola, señora María... ¿está Pedro?"

- "Sí, está al fondo, donde siempre...; pero tú... ¿no tienes que estudiar? porque tu amigo sí que tiene deberes, y un castigo que le han puesto, por pelearse con Andrés, el de la calle las Arcadas. Menudos pillastres estáis hechos. Anda... pasa y no le entretengas demasiado".

- "Pero la culpa no ha sido de Pedro. Andrés, que siempre se está metiendo con él y le ha quitado unos cromos que llevaba en la cartera y, claro, se ha tenido que defender. A Andrés, el maestro también le ha castigado. Bueno..., entro a hablar con él, un momento".

- "Todos sois iguales..., anda, anda...", terminó la conversación la mujer, tratando de apilar un saco sobre los otros, mientras evitaba que la toquilla negra de lana se le cayera de los hombros con el trajín. "Y, el otro, en la tasca, mientras una aquí se hiela de frío..., y aún tiene que repartir el carbón que nos han encargado. Para qué me casaría yo...", pensó en voz baja, para oírse a sí misma.

El cuarto donde estaba Pedro era la trastienda. Tenía una pequeña cocina de carbón, con una pila de agua para fregar los cacharros de la comida, ya que hacían la vida ahí a lo largo de la jornada de trabajo, y sobre la carbonería estaba la vivienda donde sólo subían a dormir. En el centro de aquella trastienda, había una mesa de camilla con faldas donde tenía metidas las piernas su amigo, porque la cocina estaba apagada y el calor salía, como podía, de un mortecino brasero que había bajo esa mesa. Una bombilla amodorrada soltaba algo de luz en la habitación, a pesar de que su cristal compartía el polvo de carbón con las paredes del resto del local. Pedro, agachado sobre el cuaderno, levantó la cabeza al oír la puerta del cuarto, que se abría.

- "Hola, Manuel... ¿cómo es que has venido?", dijo sonriendo a su amigo.

- "Hola, Pedro... ¿qué tal..., te queda mucho?", respondió Manuel sintiendo el calorcito de la habitación que sólo el que venía de fuera, notaba. Y se puso apretado a las faldas, para sentir en sus piernas desnudas, el calor de la tela. Qué ganas tenía de cumplir 14 años, para que ya le comprara su madre, pantalones largos. O aunque fueran unos de su padre, arreglados, como le había prometido para entonces. Los pantalones cortos que llevaba, eran para niños. Y él, ya casi tenía 10 años.

Al levantar Pedro la cara, se vio que llevaba amoratada una mejilla, a consecuencia de la pelea con su compañero de clase y Manuel, dijo:

- "Andrés es un abusón, porque tiene dos años más que nosotros. A ver si también este año repite curso y al año que viene, no está ya en nuestra clase. ¿Te devolvió los cromos, por lo menos?"

- "No quería, pero D. Agustín le obligó a hacerlo. Aunque el castigo para los dos..., el mismo. No hay derecho, yo no le había hecho nada. Y tengo que copiar entera, esta lección de religión, que son tres hojas. Qué frío hace aquí..., ¿verdad?"

- "Porque no vienes de la calle que, si no, te darías cuenta de lo bien que se está. ¿Me dejas darle unas vueltas con la rasera, a la ceniza...? Está un poco mustio, esto".

- "Dale unas vueltas si quieres, pero ya me he cansado yo de hacerlo, y nada. Lo que habría que hacer sería poner un poco de cisco nuevo, que esto..., es sólo ceniza, ya. Pero mi madre no me deja, que dice que es para venderlo, no para gastarlo aquí, a lo tonto. Ella, como no para quieta, no se entera del frío, pero mira como llevo los pies, de sabañones". Y sacó una pierna de entre las faldas, para enseñarle el pie, como si los zapatos que llevaba, no existieran. "Bueno... ¿y qué

querías...?".

- "Pues venía a proponerte si querías que fuéramos al cine, al Fuenclara, que ponen una peli de la Rita Jaibor, que está muy buena. Se llama "Gilda".

- "Pero... ¿es "tolerada"?"

- "No seas tonto..., qué va a ser "tolerada". Es "para mayores", pero hoy no va casi nadie al cine y menos, a estas horas. Y como está de portero, Carlos, el hermano mayor de José, el de la lechería, pues ése nos dejará pasar. Sale la gachi, en bañador, me han dicho. Es guapísima. ¿No la viste el otro día en el cromo del álbum de Artistas Famosas, que te la enseñé?".

- "Ah sí, joer, qué guapa. ¿Sabes quién me gusta, también? Isa..., sí... ¿no sabes quién te digo...?, claro, Isabel, la chica ésta que vive al principio de mi calle...; lo que pasa es que tiene ya trece años y me da corte hablar con ella. Tiene unas tetas..."

- "Sí, a mí también me gusta. Un día, en agosto, estaba en el balcón y yo, desde la calle, le vi las bragas. Me quedé mirándola sin darme cuenta y ella, al ver que le estaba mirando las bragas y las piernas, me dijo que qué miraba y que era un idiota. Y que se lo iba a decir a mi madre; y me fui corriendo. Yo creo que no le dijo nada al final, porque si se lo llega a decir, me hubiera caído una buena. Me parece que a las chicas, aunque protestan mucho, les gusta que las miremos. Bueno, eso creo".

- "¿Y te confesaste, después...?"

- "No: me dio vergüenza decírselo al cura y, total, tampoco pasó nada. Aunque D. Adolfo, siempre me pregunta lo mismo: que si me toco, que si me gustan las chicas, que si tengo algún mal pensamiento que le tenga que decir..., pero no sé qué malos pensamientos son ésos. Una vez sí que quise quitarle a mi madre del bolso, una moneda de 2,50, pero sólo lo pensé. Tampoco se lo conté y le dije que no, que no tengo malos pensamientos". "¿Y tu padre..., dónde está?"

- "En la tasca, supongo, como siempre. Luego, vendrá tocado, y la liará con mi madre, porque todo el trabajo lo hace ella y se lo dice. Él, con repartir el carbón, ya tiene bastante. Con nosotros es muy valiente y le tenemos miedo cuando viene borracho pero, luego, es mi madre la que tiene también que ir a cobrar por las casas que se retrasan, si queremos comer. Es mi padre..., pero no le quiero. Sólo le tengo miedo, y porque me pega si la defiende que, si no, ni eso".

- "Bueno, qué... ¿vamos al cine? Hoy sólo vale 2 pesetas. Y además de salir esa actriz, sale también Nueva York. En las películas americanas,

siempre sale Nueva York. Allí sí que se tiene que vivir bien. ¿Te imaginas vivir en un rascacielos, y conducir esos coches grandes, por esas avenidas todas llenas de luz? ¿De dónde sacarán tanto dinero, para todo eso?"

- "Del gobierno. En esos países, el gobierno se encarga de todo. Eso dice mi padre, al menos. Esto que te voy a contar, no lo cuentes a nadie, pero dice que en Rusia, todos tienen de todo, gracias al gobierno. Pero sólo lo dice si no está muy sereno. Cuando lo está del todo, nunca habla de esas cosas, más que con unos amigos con los que se reúnen de vez en cuando, que están en contra de Franco y de la Iglesia. ¡Ah! y también hablan del sputnik ése que lanzaron los rusos (él dice, "soviéticos") en octubre". Una vez, por estas cosas, lo detuvo la policía y estuvo en la comisaría tres días, hasta que mi madre fue a hablar con D. Adolfo, el cura y, él, fue a sacarlo de allí porque conocía al comisario. Le dijo que es que cuando bebe, se pierde y dice cosas que no siente de verdad. Ese día, cuando volvió, sí que me dio pena, porque le habían pegado y tuvo que estar varios días en la cama, pero no por haber bebido como otras veces. Es mi padre, y no es malo. Bueno, sólo, a veces".

- "A mí me gustaría que en mi casa, la de Nueva York, hubiera calefacción y que por las tardes, mi padre se sentara a leer el periódico en un sillón, junto a una radio de esas grandes, fumando su pipa y mi madre, en otro, en frente... haciendo sus cosas. Y yo, con ellos, sin tener que pasar frío".

En la calle, estaba oscureciendo y una neblina baja y húmeda, daba un brillo metálico, a los adoquines de la calle. El Sr. Casimiro, el de las eléctricas, caminaba de una acera a la otra, con el cuello de su chaqueta vieja subido, la boina calada y un resto de colilla entre los labios, encendiendo con su palo largo, las farolas de las calles. En cada bombilla encendida, un halo de luz neblinoso se formaba a su alrededor. Las ventanas de las casas, se iban iluminando, dibujando cuadrados de luz en las fachadas. La poca gente que pasaba caminando, lo hacía con prisa y embozados en sus bufandas de lana humedecida, sin apenas dirigirse la palabra.

- "¿Qué hora es, Pedro?"

Pedro, levantó la vista hacia un reloj que había en la repisa de la campana de la cocina y dijo:

- "Son las siete. No podremos ir al cine ya, porque llegaríamos empezada. Es igual, porque no me hubiera dejado ir mi madre, tampoco. Ha venido el de la frutería a cobrar, y le ha dicho que volviera mañana, que no tenía dinero para pagarle. Es buen hombre el frutero, y le fía porque siempre acaba pagándole, cuando cobra el carbón. Y mi padre, sin venir. Y cuanto más tarde..., peor. Manuel, quédate si quieres un rato más, pero si le ves entrar, tú, vete que si no, lo pagaré conmigo, que quiere que estudie y que sea un hombre de provecho. Siempre dice: "A ver si esto lo cambiáis

vosotros, los jóvenes". Y que ellos, ya lo habían intentado, pero que no les había salido bien. No sé qué tenemos que cambiar. Mi madre, cuando dice eso, lo mira, y se calla. ¿Tus padres juegan a la lotería? Mi madre, ha sacado una participación de Navidad, de 2 pesetas, en la parroquia, que acaba en 5 y que cree que este año nos puede tocar, porque ella nació un día 5. Siempre dice: "Si nos tocara...". Y la oigo rezar, cuando se va a la cama, para que la Virgen del Pilar, nos ayude en eso. Mi madre, sí que se lo merecería y nos íbamos de esta carbonería y de este barrio, para vivir en la Gran Vía, como dice ella. ¿Tú crees en estas cosas? Es que mi padre, se le ríe".

- "A alguien..., siempre le cae, aunque no sé si porque le ha rezado a la Virgen del Pilar, o porque le tenía que caer, de todas maneras. ¿Qué te has pedido para Reyes, este año?"

- "Un fuerte, y un revolver con cartuchera"

- "Pero eso..., ya lo has pedido otros años".

- "Pues por eso, porque nunca me lo traen los Reyes y a ver si este año, pasan por esta calle y me lo dejan. Mi madre me dice que es porque no soy obediente y porque no pueden llegar a toda Zaragoza en una sola noche. El fuerte..., me da igual, pero si me trajeran sólo el revólver con la cartuchera..., qué chulada. Yo creo que si Isa me viera con ellos, igual, hasta le gustaba un poquito ¿tú crees?"

- "Anda, chaval, que estás tonto, que Isa es una mujer ya y, a ella, le gustan más mayores que nosotros", y se echó a reír sin poder parar, imaginando a su amigo plantado delante del balcón de Isa, con el revólver en la cartuchera. "Estás tonto, Pedro..., con Isa dice...", y siguió riéndose un rato, sin que el otro entendiera el motivo de aquella risa.

- "Y tú, Manuel..., ¿qué te has pedido?"

- "Una cartera de llevar a la espalda y un plumier. Y una caja de pinturas Alpino. Y también, dos libros de Emilio Salgari: Piratas del Caribe y La venganza de Sandokan. Los de Julio Verne, también me gustan pero mi madre dice que unos, u otros. Y me he pedido los de Salgari".

- "¿Y de jugar?"

- "No, de jugar..., nada, que dice mi madre que, eso, es perder el tiempo. Y ella, me ha pedido un jersey nuevo, y calcetines. Lo que me pide mi madre, siempre me lo traen. El otro día, fuimos al Sepu, y habían puesto un tren eléctrico, con la estación, la gente, las montañas y las vías, en una mesa larga y grande, y el tren, daba vueltas y se paraba un poco en la estación, al llegar. La máquina, hasta echaba humo por la chimenea. Qué chulo estaba. Se me ocurrió decirle a mi madre si me lo pedía para

Reyes, y me dio un manotazo en la cabeza y me dice... "¿y en dónde metemos este armatoste en nuestra casa... eh?". Vi que tenía razón, pero era tan chulo..."

- "¡Pedro...!", llamó su madre, desde la entrada de la carbonería.

Pedro, salió de la trastienda y desde la puerta, le contestó: "¿Qué quiere, madre?"

- "Que tienes que llevar este saco de carbón, al nº 7 de esta calle, adonde la Sra. Esperanza, porque tu padre no ha llegado todavía y me han mandado recado de que lo necesita ya. Ahora que está tu amigo Manuel, que te ayude y se lo llevas en un momento. Anda, espabila".

- "Puedo ir a buscar a padre a la tasca, y que lo lleve él".

- "Vendrá bueno (si viene)..., como para llevar peso, encima. Déjalo, y tengamos la fiesta en paz, que habrá estado salvando al mundo. Él, y el anís del Mono, que hacen muy buena pareja para eso. "Salvando al mundo...", más le valiera beber y fumar, menos... y trabajar más. Anda Pedro, sé buen chico y que te ayude Manuel". "Es buen chico...", pensó.

- "Si vamos, madre... ¿me dejará ir mañana al Fuenclara, a ver una película con Manuel?"

- "¿Qué película es ésa?"

- "Gilda" se llama, señora María. Trabaja la Rita Jaibor".

- "¿"Gilda"? ¿Esa cochinada? Pero si es para mayores, además...; ni hablar. Andad, coged el saco, y al nº 7. Llamáis 3 veces en el picaporte y os abrirán. Es en el tercero, derecha. Poco a poco, lo subís por la escalera. Igual os da una peseta de propina".

- "Es que sale Nueva York, en esa película, señora María...".

- "Como si sale Jaulín. Si hasta el padre Adolfo la nombró un día, desde el púlpito, que era una vergüenza que la censura la hubiera permitido. Según él, para darles gusto a los americanos, porque nos mandan queso y leche y nos dejan que tengan sus bases en España, por la cosa del comunismo, que si quisieran se las llevaban a Marruecos o a Portugal. Tu padre dice que ahora, con los americanos que, esto..., va a cambiar mucho. Y tu padre, será lo que quieras pero, de política, entiende. Así le va que, cualquier día, le meterán otra somanta de palos, si no nos lo matan. Andad, hijos, andad..., por favor".

Los chicos, resignados y esperanzados en la peseta de propina, agarraron el saco, cada uno por un nudo, y lo sacaron a rastras de la

carbonería. La calle, estaba aún más fría que la carbonería y, su luz..., parecida a la que iluminaba los establos del carbón.

- "¡Joer..., qué frío...! ¿echamos una carrera con el saco a rastras, a ver cuánto nos cuesta llegar al portal?"

- "Vale... pero, la propina, a medias"

- "El último que llegue..., la gachi"

- "¿Pero qué último, ni qué última, si vamos los dos a la vez? Qué tonto estás", dijo Manuel partido de la risa. Y comenzaron a arrastrar el saco a toda la velocidad, hasta llegar al portal que indicaba el 7. Dieron 3 golpes con el picaporte y, al poco, la puerta se abrió. Pasaron adentro, con el saco tras ellos, y se asomaron al hueco de la escalera, mirando hacia arriba a ver si también se asomaba alguien. Manuel, miraba el sistema de apertura, con una cuerda que pasaba por todos los pisos, y arrastraba de la manija de la cerradura cuando algún vecino tiraba de la cuerda, para abrir.

- "¡Señora Esperanza...!, que soy Pedro, el de la carbonería, que le traemos el saco de carbón que le ha encargado a mi madre. ¿Se lo subimos, o se lo dejamos aquí abajo?"

- "Anda, sí, Pedrito, subidlo que es que estoy sola y no puedo yo con él. Ya tendrías que haber venido hace rato, que tengo la casa helada", terminó diciendo en un tono de reproche.

- "La casa helada... la casa helada...", la imitó por lo bajo Pedro, y Manuel, conteniendo la risa al ver las caras que ponía su amigo al hacerlo. "Venga, Manuel, agarra fuerte por ahí... y... uno... dos... itres!.... ¡arriba el primer escalón!". Y comenzaron la ascensión hacia la peseta que añadiría la señora Esperanza, a los dos duros que costaba el saco de carbón.

Con un resuello de 51 escalones, llegaron los chicos hasta el rellano tercero y descansaron un poco, para poder hablar.

- "Tenga, señora Esperanza, su saco de carbón. ¿Se lo metemos dentro...?"

- "Claro, Pedrito. Y ojo no manchéis el suelo, que lo acabo de fregar. Es que estos sacos que empleáis, podría zurcirle tu madre los agujeros, que no le cuesta nada y no soltaría todo ese polvo negro que ya estás dejando, jolín", dijo toda malhumorada, la mujer. "¿Qué te debo?"

- "Pues dos duros, como siempre. Y la voluntad".

- "Voluntad, la de tu madre, y lo de "como siempre", nada, que hace dos semanas me cobró 8 pesetas, por el mismo saco. Anda... anda..., toma los dos duros y demasiado que hago, en pagarte tanto por un saco de carbón que no dura nada, que no sé de dónde lo saca tu madre, pero nos entufa toda la casa este dichoso carbón. La próxima vez, se lo encargaré al carbonero de la plaza de las Tenerías, que trae mejor carbón. Díselo, para que se entere. Y ahora... ¿quién va a barrer el suelo, eh?".

- "Yo no sé barrer pero, por una peseta..., aprendo", dijo Pedro mirándola a los ojos, esperanzado en la propina, mientras recibía sólo las dos monedas de 5 pesetas.

- "Por una peseta, también yo me tiro al Ebro, si hace falta, deslenguado. Tira para tu casa, y ayuda a tu madre, anda". Y les cerró la puerta, cuando los dos amigos salieron.

- "El último que llegue abajo..., la gachi, ¿vale?"

- "Vale".

Y comenzaron a correr escalera abajo, saltando los escalones de dos en dos, para no ser "la gachi", bajo ningún concepto. Al final, llegaron al patio los dos a la vez, por lo que el honor de ambos, había quedado intacto. Salieron a la calle y no sintieron el frío ni la humedad, porque la sofoquina del esfuerzo, aún les duraba. La decepción por la peseta perdida..., no tanto, porque siempre le pasaba parecido. "Me habría comprado un tebeo del Capitán Trueno, y 20 céntimos de pipas...", pensaba Pedro, "...si me hubiera dado la peseta, para mí sólo". Y cuando un vientecillo flojo enfrió aún más la calle, comenzaron a correr los dos amigos, para llegar cuanto antes, a la carbonería: igual, su madre, había puesto cisco nuevo en el brasero.

D. Agustín.

Agustín Fonseca del Río, se levantó a la hora de cada día en que tenía que ir a la escuela nacional donde prestaba sus servicios como maestro. La escuela estaba en la calle San Vicente de Paul, así que desde su casa, en el Coso Bajo, hasta la escuela, le costaba 10 minutos caminando. Pero antes, cada día, entraba al café Windsor, frente por frente a su casa, donde se tomaba un café con leche y churros, y se leía el Heraldo de Aragón "para estar informado", como le gustaba decir. Tenía 56 años y soñaba con el momento de su jubilación, para la que aún le quedaban 14 años. Con 29 años, ya establecida la II República, consiguió una plaza de maestro en el recién creado Colegio Joaquín Costa, dadas las magníficas calificaciones académicas aportadas a su currículum. Entrar en esa institución de ideas progresistas, había sido su mayor logro e ilusión desde

que comenzó a ejercer de maestro, unos años antes, en un colegio religioso, en el que era el único seglar, entre los profesores. Lo suyo era la Filosofía, pero la Historia, de la que impartía las clases, también le sirvió para explicarles el Hombre, a sus alumnos.

Aunque trató de mantenerse al margen de los avatares políticos durante la etapa republicana, el toque progresista de sus enseñanzas, no pasaron en vano para los vencedores de la guerra civil, y fue apartado de la enseñanza, tras tres años de penurias, en la cárcel. Por mediación de los contactos entre los religiosos del colegio en el comenzó como maestro, fue rehabilitado, aunque todo el patrimonio que le fue confiscado tras la guerra, ya no volvería a recuperarlo. Sólo conservó el espíritu progresista, que medio inculcaba como pinceladas sueltas y no muy definidas, a los alumnos a los que hacía cantar el "Cara el Sol", brazo en alto, muy a su pesar. Todavía eran tiempos de descargas de fusilería, al amanecer, en las tapias del Cementerio de Torrero, y el miedo lo impregnaba todo.

Después de tomarse su café con leche y sus churros en el Windsor, se dirigió al colegio por la calle Mayor, que se estaba despertando con el ruido encadenado del izado de las persianas de los comercios. Hacía frío. Más frío que ayer. Llegó a la escuela y el conserje, lo paró al entrar:

- "D. Agustín, que me ha dicho D. José, el Director, que quiere hablar con Vd. antes de que empiece la clase. Hasta que vuelva, Dña. Marina se hará cargo de sus alumnos". La pareció raro, pero asintió como que había entendido el mensaje y se dirigió escaleras arriba, hacia el despacho del Director. Ante la puerta, golpeó sin mucha energía con los nudillos y un "¡Adelante!" imperativo, le obligó a entrar.

- "¿Me había llamado, Sr. Director?"

- "Sí, Fonseca. Pase y siéntese, que tengo que decirle algunas cosas".

- "Vd., dirá", respondió D. Agustín permaneciendo de pie, con una voz casi inaudible, algo confundido con el asunto que le había llevado hasta ese despacho".

- "Vamos a ver... Vd., ¿qué materia les da a sus alumnos?"

- "Pues..., Historia... Sr. Director..., ya lo sabe...", titubeando al no entender el sentido de la pregunta.

- "¿Y para qué se les enseña Historia a los niños, si es que lo sabe?". Notaba que el tono de su voz se estaba haciendo cada vez más inquisitivo y su mirada fija en sus ojos, le intimidaba.

- "Pu... pues, para que conozcan los hechos que han pasado en la Humanidad, hasta nuestros días, claro". Notó, que no era ésa la respuesta

que D. José quería y que, respondiera lo que respondiera, algo, no lo estaba haciendo bien.

- "¡No!, Sr. Fonseca. La Historia se enseña interpretándola con el fin de educar a los niños de acuerdo a nuestras normas y al trazado de la Divina Providencia que nuestra Iglesia considere. La Historia no es la suma de $2+2=4$, si es "6" el resultado que queremos inculcar. Eso otro, lo dirían los intelectuales invertidos contra quienes luchamos en la Guerra Civil. Pero su deber es enseñarles que es "6", y no "4"; y que para llegar a "6", si hay que sumar $2+4...$, pues se suman. Y si hay que sumar $5+1$, o restar 3 a 9, se hace, porque la Historia la tenemos que escribir los que hemos ganado el Glorioso Alzamiento, con el Caudillo al frente, guiado por el mismo Dios. La Historia se interpreta, no se enseña como algo sin vida. ¿Entiende lo que le quiero decir? ¿Entiende la diferencia entre la Historia masónica, y una Historia cristiana y civilizadora?"

D. Agustín, tragó saliva cuando vio su mirada amenazadora y sus manos aferradas con fuerza, a los laterales de la mesa, sin atreverse a contestar a lo que no era una pregunta, si no una orden.

"¿Lo entiende, Sr. Fonseca?", insistió el Director.

"Pe... pero D. José..., los hechos históricos son..., los que son. No se pueden modificar a nuestro capricho, si, han pasado de determinada forma. La Historia de la Human..."

"¡La Historia..., la de los maricones y filósofos que nos llevaron a la ruina como Nación y como Imperio..., se ha acabado! Se acabó hace 18 años y ya Vd. lo vivió en sus carnes, solo que tuvo más suerte que los demás de su misma condición. A mí Vd., Fonseca, no me engaña y, le vigilo, porque su expediente político, así me dice que lo tengo que hacer. De modo que si quiere conservar su puesto de profesor en esta escuela, o en cualquier otra escuela... enseñará la Historia, como debe de ser. No tuvieron güevos para ganar la guerra, y la quieren ganar por la puerta de atrás. Yo no tengo títulos académicos como Vd., pero tengo la Medalla de Campaña al Valor, ganada en la batalla del Ebro, que no se la daban a los pusilánimes. Y no se hagan ilusiones con lo de que el Führer perdió la guerra: Europa y EE.UU., nos necesitan ahora y saben que somos una fortaleza anticomunista, que no se va a vender por unas migajas, ni porque cuatro ratas de alcantarilla huídas a Méjico, a Francia o a Argentina, toquen los cojones en la ONU. ¿Vd. vive con su hermana Amparito, no...?, viuda de guerra con "honoros", porque el marido, su cuñado, murió en un avance hacia el enemigo. Yo sé que su cuñado era de la UGT, y que lo que le pasó fue que se quiso unir a las filas de los de enfrente, y recibió un tiro, de sus propios amigos, al confundirlo con uno que les atacaba".

D. Agustín, seguía callado y asustado, sin casi oír las palabras del Director, que parecía saberlo todo de ellos y por la cabeza, con unas

rodillas que apenas le sostenían en pie, se le pasaron los 3 años que estuvo encarcelado, las palizas, el hambre, el tifus y el frío de Palencia. Y se sintió que no era nada ni nadie, en aquél momento. Que el cambio de la Historia que algunos anunciaban, no acaba de llegar a España y que los bárbaros, acumulando medallas ganadas por actos de guerra, seguían campando a sus anchas y haciendo valer su poder. Y pensó en Amparito, que cobraba un ridícula pensión al "valor" de su esposo atacando al enemigo sin temor al riesgo de morir, y que podría perderla si el Director hacía público lo que era cierto: que su cuñado, se quería pasar al "enemigo", pero que no le salió bien por culpa de la bala de un miliciano impulsivo. Y pensó en su hermana también, porque cosía para las damas de la alta sociedad provinciana y rancia de Zaragoza, hartas de misas en los primeros bancos de la Basílica del Pilar, y rosarios vespertinos sin cuento, para redimir sus malas conciencias y que, si se enteraban de que quien les cosía, a quién explotaban por su trabajo de costurera primorosa, era la esposa de un traidor al Alzamiento Nacional, podrían buscarse a cualquier otra viuda y modista, que las había a mares, para hacerle pagar la osadía de su marido. Desahogado ya, D. José siguió en tono más calmado, pero igualmente firme:

- "Así que..., Fonseca..., déjese de monsergas y enseñe la Historia que sirva para moldear al nuevo hombre que desea nuestro Régimen. Y no quiero que me vea sólo como a su Director, sino como un padre que únicamente busca su bien. Ah..., y déjese también de acudir cada jueves a las reuniones literarias ésas a las que va, porque sabemos que allí se habla de "todo", menos de literatura. ¿Le ha quedado todo claro, Fonseca?"

- "Sí, señor Director..., digo... D. José", y le salió sin querer, una pequeña reverencia sumisa.

- "Muy bien. Retírese y espero no tener que tomar medidas con Vd., que no deseo tomar. Buenos días".

- "Buenos días, D. José. Muchas gracias por sus consejos". Se dio media vuelta, y todo lo que le rodeaba en ese momento, le era ajeno a su cabeza, porque seguía en un frío páramo de Palencia, cantando "Volverán banderas victoriosas" en el patio de la cárcel, vestidos sólo con un pantalón y una camisa, y bajo la atenta mirada del oficial que les mandaba, enfundado en su abrigo y, fusta en mano, marcando los compases de la alegre melodía.

Vuelto a la realidad, recuperadas las facciones de la cara y la fuerza en sus piernas, se dirigió hacia su clase, donde la señorita Marina, estaba haciéndoles cantar las tablas de multiplicar. Los niños, al verle entrar, callaron poniéndose en pie y diciendo al unísono: "¡Buenos días, D. Agustín!", aunque él seguía sin oír nada más que lo de las banderas

victoriosas que tenían que volver, sabe Dios cuándo.

- "Hola, señorita Marina... ¿ha ido todo bien?"

- "Buenos días D. Agustín, sí, bien todo, les estaba haciendo repasar las tablas de multiplicar hasta que Vd. volviera. Bueno, bien todo no, ya que Pedro González y Andrés Gil, se han peleado en el patio porque, al parecer, Andrés le ha quitado unos cromos a Pedro, pero no se los quiere devolver porque alega que eran suyos".

- "Ya me conozco yo a estos dos y más, a Andrés, que está muy alto, pero sus intenciones..., muy bajas. Anda, devuélvele ahora mismo los cromos y vais a estar los dos castigados de pie, todo el tiempo. Y en casa, vais a copiaros la lección 3ª del libro de Religión y me la traéis mañana, sin falta ¿Entendido? Pues hala, ahí, junto a la pared, hasta que dé la hora de irnos a casa".

- "Pero yo no había hecho nada...", rezongó Pedro por lo bajo, camino de la pared. D. Agustín, hizo ver que no lo había oído..., y regresó a Palencia.

El Sr. Casimiro.

Ya estaba oscureciendo y el Sr. Casimiro, "el de las eléctricas", como lo conocía la gente del barrio, salió de su casa en la plaza de las Tenerías, con su palo largo acabado en "T", apoyado sobre el hombro derecho, con el que encendía o apagaba las farolas de las calles, según fuera el atardecer o el amanecer. Vivía en esa plaza, con su mujer y una hija que ya se estaba haciendo mujer, además de su cuñada, el marido de ésta, dos hijos más jóvenes que la prima, y sus suegros. Habían venido de Anadón, en la provincia de Teruel, en busca de una vida mejor a Zaragoza, cuando las pocas minas de la zona se fueron agotando y, al dejar de ser rentables, se cerraron. El suegro, Amancio Reguero, se trajo de allí, como mejor equipaje y recuerdo, unos pulmones envueltos por dentro en papel celofán oscuro, que hacían un ruido doloroso al respirar, por culpa del polvo de carbón de lignito aspirado en la mina durante tantos años. El trabajo de la mina, siempre fue penoso y peligroso, estando los derrumbes a la orden del día, porque los dueños no invertían en la seguridad de los túneles que seguían avanzando en las entrañas de la tierra y, los mineros, trabajando a destajo, sólo pensaban en el jornal inmediato con el que alimentar a su familia. Siempre decían que se hacían mineros "pa de momento", pero era una trampa de la que no podían escapar fácilmente.

Casimiro, su yerno, dejó la escuela con 10 años y se hizo pastor de rebaños ajenos, a cambio de la comida y un poco de dinero cuando el ganadero sacaba una partida de corderos y que, como siempre estaban "por los suelos" los precios de venta, pues la parte de Casimiro era muy

pequeña. A los 18 años, encontró trabajo en la misma mina en la que su futuro suegro iba ya incubando la silicosis y, cinco años más tarde se casaba con la hija del Sr. Amancio. Afortunadamente para Casimiro, a los dos años de la boda, la Guerra Civil lo arrancó por leva obligatoria del mal de las minas, engrosando el ejército sublevado y, sin entender lo que le estaba pasando a España, le dieron un fusil, indicándole su sargento hacia dónde debía de disparar. Como estaba acostumbrado a no preguntar y sí a obedecer, eso hizo. Pasó tres años de trinchera en trinchera, matando a los de enfrente que, a su vez, mataban sólo a sus compañeros de milicia y sin que una bala u obús le hubieran hecho, a él, un solo rasguño. Así que..., cautivo y desarmado el ejército rojo, le pilló la paz.

Casimiro, nunca atendió más que a lo inmediato, que era poder comer hoy, porque el mañana le quedaba borroso, y fue la razón por la que durante los intentos de los partidos y sindicatos por darle la vuelta a la sociedad, e inculcar en los pobres sus derechos, donde antes sólo oyeron hablar de obligaciones, era para lo que periódicamente, pasaban camionetas con rótulos de la CNT, o de la UGT, que eran todo un espectáculo en un pueblo como el suyo en el que nunca pasaba nada, con aquellos cánticos dirigidos a los parias de la tierra, desde los altavoces fijados a los techos de los vehículos, y gritos de "¡Abajo la explotación obrera!" y "¡La tierra, para el que la trabaja!", con el imperativo colofón de "¡Afíliate!"..., pues él se quedaba mirando sin decir nada, ni afiliarse a nada, para ahorrarse los 50 céntimos que pedían para el sostén del partido o sindicato que les defendería de los patronos, enriquecidos a su costa. De modo que cuando se produjo el Glorioso Alzamiento Nacional, los pistoleros de camisa azul mahón, brazo en alto y gatillo fácil, pasaron de largo por su casa, sin hacerle la visita de cortesía que solían realizar a los que sí se habían significado en su deseo de equilibrar un poco, la balanza entre obligaciones y derechos, pobres y ricos. Y así es como Casimiro, llegó virgen y sin desafección ninguna ante las nuevas autoridades surgidas al acabar la guerra.

Con los ahorros de las pagas y algún que otro pillaje de guerra, regresó a Anadón para montar una taberna asociado con su concuñado, donde los mineros podían invertir en orujos y anisados, hasta donde les llegaba la paga. La necesaria vinculación de su negocio con la prosperidad minera, les obligó a cerrarlo en 1950 y, toda la familia, por parte de su mujer, emigraron a Zaragoza en busca de una vida mejor. Y recalaron todos, a falta de suficientes viviendas en esa ciudad, en el piso de la plaza de las Tenerías, en la que convivían los tres matrimonios y los pequeños, acompañados en el silencio de la noche, por el ruido del fuelle averiado sin remedio, del Sr. Amancio.

Pero en ese atardecer de invierno, se le vio a Casimiro caminar hacia sus bombillas apagadas, con otra alegría. No era para menos. El cartero, les había entregado carta certificada, con el siguiente membrete: "Organización Nacional de Sindicatos-Plan Sindical de Viviendas

Protegidas" y en la que, después de una pomposa introducción a "los méritos obtenidos en la Contienda por el beneficiario de lo que a continuación se expone...", se le concedía el derecho a compra en ventajosas condiciones, de "... piso de 62 m2, repartidos en comedor, cocina, retrete y 3 habitaciones, en la calle Monasterio de Obarra..., bla, bla blá...", lo que suponía un cambio total de su vida. Adiós a los líos familiares, al concuñado sabelotodo, al arbitraje de la suegra para todo conflicto, aunque no lo hubiera, y el angustioso no dormir ni dejar dormir, de la máquina de vapor para desguace que era ya el Sr. Amancio, por quien sentía un cariño especial, y a quien le debió la vida en más de una ocasión dentro de la mina, cuando su suegro detectaba los derrumbes de techos y paredes, antes de que éstos ocurrieran. Estaba tan contento como Gene Kelly en "Cantando bajo la lluvia" y si la hubiera visto en el cine, seguro que farola tras farola, el "ansin-guin inderréin...", la hubiera ido tarareando mientras levantaba con la "T" de su palo largo cada interruptor y sabiendo sólo, que había que cantarla cuando se estaba muy feliz. Hacía frío esa tarde, pero él, con su boina calada y el cuello de la chaqueta levantado, no sentía el frío. En el atardecer oscuro de la calle San Agustín, por donde iba en aquél momento, le sobrepasaron corriendo con un saco arrastras, dos chicos pequeños, salidos como de la nada. No los reconoció y se limitó a pensar: "Seguro que lo han mangado: ya les daría yo, a éstos, ya...". Pero enseguida volvió a imaginarse en su nueva casa del barrio de Las Fuentes. "Total, a 20 minutos, andando, de estas calles que yo atiendo", pensó feliz.

D. Adolfo.

En la puerta del cine Dorado, D. Adolfo, miró hacia los lados y comprobó que ninguna persona conocida, pasaba por allí. A pesar de su condición de sacerdote, ese día iba de civil común y corriente, por lo que no llamó la atención de las otras personas que estaban en la cola de la taquilla. Si acaso, chocaban las gafas de sol manolequinas que llevaba, a las 7 de la tarde en que el sol, ya se estaba escondiendo tras los edificios altos del paseo de la Independencia. Ponían "Gilda", que venía precedida de una aureola de escándalo, por los contoneos de culebra de Rita Hayworth cuando cantaba; y su melena pelirroja que había que imaginársela, al ser la película en blanco y negro.

D. Adolfo, estaba de forma provisional, como párroco de la iglesia de Sta. María Magdalena, en la plaza del mismo nombre, en el Coso Bajo. Su interinidad en esa parroquia, era consecuencia de que su destino definitivo, era objeto de preocupación del Sr. Arzobispo, y que aún no tenía decidido, porque era un sacerdote muy bien relacionado con las altas esferas políticas y militares de Zaragoza, y no podía dar un paso en falso para que no pareciera lo que era: un castigo. No es que el Sr. Arzobispo no comprendiera la debilidades humanas y que había que mirar un poco hacia el otro lado si un personaje de peso, cometía un desliz. Pero lo que no le perdonaba era que no hubiera sido cuidadoso en la relación impropia

que había mantenido durante más de un año, mientras estaba de sacerdote destinado en la Basílica del Pilar, con la esposa de un importante empresario y gran benefactor de esa Catedral.

Cuando fue llamado a capítulo ante el Sr. Arzobispo, que ya medio Zaragoza era conocedora de esa relación pecaminosa, D. Adolfo alegó que sucumbió a los encantos de esa mujer y a que, "ambos, estaban carentes de afecto". La cara del Sr. Arzobispo, ardía de ira al oír semejante mamarrachada, de un hombre de casi 50 años, que había prometido voto de castidad y abusando de la candidez de una mujer 16 años más joven que él, casada y de elevada posición social y económica.

- "¿Cuántas entradas, caballero?", le preguntó la de la ventanilla.

- "¡Ah!, perdón..., estaba distraído..., una, por favor. Démela del fondo de la sala, si es posible".

- "Cómo no, tenga... la tercera fila por el final... ¿está bien, así?"

- "Muy bien, sí, gracias señorita. Es Vd. muy amable y muy guapa", y se le construyó una sonrisa en su cara blanda, con la boca arqueada como dibujada de una cuchillada.

- "Gracias, señor. Vd., que me ve con buenos ojos... ¡Siguiente, por favor...!"

Pasó a la sala y el acomodador le acompañó hasta su butaca. Éste, le dio un automático "gracias", cuando D. Adolfo le dejó en su mano, una peseta de propina. Seguía con sus gafas de sol, a pesar de la luz tenue que la sala tenía, antes de comenzar la proyección.

Llegada la hora, se cerraron las cortinas de las puertas, se abatieron las de la pantalla y el "NO-DO" comenzó el repertorio de noticias intrascendentes, precedidas de su musiquilla habitual, su águila sobrevolando los cielos de España y cerrándose con el escudo patrio, para dar paso a las inauguraciones de pantanos, hospitales, pueblos de colonización..., mientras el Caudillo era aclamado con vítores y aplausos, allá por donde pasaba con su benefactora sonrisa. D. Adolfo, sentía una admiración enorme por aquél hombre que había devuelto a España, a la senda correcta. El cómo, para D. Adolfo, no era lo importante. Y él, lo imaginaba como un Gran Padre abnegado, trabajando las 24 horas del día, para sus hijos los españoles. Sólo veía fábricas en marcha, pantanos generando riqueza y electricidad, concordatos, tratados con los países más importantes, y partidos que el Real Madrid siempre acababa ganando por su arrojo y virilidad. La España real que conocía a través de sus feligreses, de las penalidades y pequeñas miserias humanas que escuchaba en el confesionario..., pues no dejaba de pensar que, de alguna manera, ellos se lo habían buscado queriendo más de lo que les

correspondía; aunque Dios, en su misericordia infinita y con la ayuda del Generalísimo, ya iría corrigiendo sin prisa, pero sin pausa, todas las carencias que escuchaba y veía a diario, en su labor humilde e importante, a un tiempo, como párroco.

La película fue transcurriendo y D. Adolfo, se situó, dentro de su fila, detrás de una pareja, dos filas por delante y, en la pantalla, la melena leonina de la Hayworth, se agitaba en cada uno de sus vaivenes frente a la cámara. El cura, no pudo evitar imaginarse a su propietaria, tumbada en la cama, desparramada su melena rojiza sobre la almohada y llamándole: "Adolfo..., Adolfo..., te espero: ven a mí". Y sentía el desperezarse gatuno, buscando cariño, de su carne condenada a la abstinencia, a la que se apuntó voluntariamente jurando ante los Santos Evangelios..., hacía muchos años. Solo que las cosas no iban a ser tan sencillas con sólo echarle voluntad, únicamente.

La pareja de delante, tal y como había previsto, comenzaron a besarse, seguros de la oscuridad de la sala y de que todos los demás espectadores, estarían atentos sólo, a lo que en la pantalla iba sucediendo. Pero no contaban con D. Adolfo, que veía mucho y suponía, más.

Notó que por su lado izquierdo, alguien se colocaba próximo a él, una o dos butacas más para allá y se lo quedó mirando. El otro, un chico joven de unos 18 años, le mantuvo la mirada también, mientras el cura, bajaba el asiento contiguo a él, como invitándole a que se sentara a su lado. El joven, se cambió a ese asiento que le ofrecía. Durante un rato, no hacían nada más que sentirse muy próximos y la película avanzaba, calentando la sala con la sensualidad que Gilda, iba desprendiendo. Cuando los primeros compases de la canción "Amado mío" sonaron, y el cuerpo de la cantante comenzó a ondularse, el joven se aproximó a D. Adolfo y le dijo susurrando: "¿Cómo lo quieres, de 1, o de 2 duros?". D. Adolfo dudó, pero espoleado por la pelirroja y por las urgencias de su carne mortal excitada, se olvidó de las promesas de juventud ante los Evangelios y le dijo al joven: "De 2 duros". El chico, avanzó la mano hacia su pierna pero él, le sujetó por la nuca, le bajó la cabeza hasta su regazo inflamado... y se dejó hacer. Cuando se le acabó el Paraíso, y la neblina se le fue de los ojos, le pagó como sin fuerzas los 2 duros al joven, por aquél momento fugaz vivido, sin reparar siquiera en que Gilda estaba metida en la canción que emocionaba a los hombres al vérsela cantar: "Put the Blame on Mame", con su strip-tease de guante negro que levantaba pasiones. Ahora que la película se acercaba a su final, el que se levantó en la oscuridad de la sala fue, D. Adolfo, que quería estar ya en la calle, antes de que las luces del cine se encendieran tras el "The End" en la pantalla. Con sus gafas de sol, salió de aquella sala, prometiendo que lo que le había pasado, otra vez hoy, no le volvería a pasar más. Temía los ataques del remordimiento, a su caída en el pecado, a morir sin confesión... y que hasta lo del infierno con el que amenazaba a sus feligreses, que pudiera ser verdad. Cuando llegó a su casa, su hermana lo vio desencajado y

abstraído, pero no le preguntó, porque no quería saber. Cuando se iba de casa, vestido de paisano, siempre volvía así y no cenaba. Y esa noche tampoco descansaría, dando vueltas en la cama. "Mañana, seguro, comenzaría una nueva vida, y ejemplar", se aseguró a sí mismo, cuando ya el cuerpo le obligaba a dormirse.

A la mañana siguiente, confiado en su propia metamorfosis, desayunó congraciado con Dios, aunque su hermana seguía sin preguntarle lo de "¿qué tal ayer tarde?", por si se lo contaba en un arrebató de sinceridad y reparaba que, su hermano sacerdote, era sólo un ser humano más.

Y salió de casa, esa mañana, con renovadas energías. Se sentía fresco y con su alma limpia, tanto como su cuerpo tras la ducha, porque entre él y Dios, esa noche le había renovado los votos de castidad que hasta ayer, le hacían aguas por todas partes. Su conciencia ya no le importunaba, porque la había dejado sin motivos para ello.

- "Buenos días, Juan..., deme mi Arriba, a ver qué nos cuentan de bueno", le dijo al quiosquero.

- "Buenos días, D. Adolfo, aquí tiene..., su Arriba. ¿Noticias buenas...? Pues si fuera Vd. del Barcelona..., que ayer inauguraron el Camp Nou. Pero como es Vd. del Real Madrid, imagino que le dará lo mismo ¿no?"

- "Pues sí, Juanito, sí, que lo disfruten muchos años. Pero no creo que sea tan grande como el Santiago Bernabeu, ni tenga la iluminación nocturna que inauguramos en mayo: ¿a que no?" Cogió su periódico plegado, y se lo puso bajo el brazo, alejándose sin prisa, bajo la temperatura suave de finales de septiembre.

- "Vaya bueno, D. Adolfo", se despidió el quiosquero sin mirarle, mientras recolocaba, ordenados, los periódicos y publicaciones.

Llegando a la Iglesia, se fue directo a la sacristía, para prepararse para la misa de las diez, que ya era un poco tarde. El monaguillo, le ayudó a vestirse y le dijo: "Hoy, hay mucha gente, D. Adolfo: a ver qué tal se le da el cepillo".

- "Miguelito: el cepillo no es lo más importante, sino la palabra del sacerdote transmitiendo e interpretando los designios de nuestro Señor".

- "Claro, D. Adolfo", comentó Miguelito mientras le estiraba la casulla para que le quedara bien, por la espalda. Y al poco, ambos, salieron a oficiar la Santa Misa.

Llegado el momento de subir al púlpito, el cura, sintió dentro de sí la llamada de ayudar a los demás, con su sermón, para que pudieran llevar una vida digna y conforme a los mandamientos de la Iglesia ya que él,

hasta ese momento, no lo había logrado. Aunque ya notaba el cambio, dentro de sí.

- "Bueno días, queridos hermanos: otra vez estamos reunidos aquí, para escuchar la palabra de Dios, a través de éste su humilde servidor...", que era la introducción habitual a todas sus homilías. Y encendido su fervor a medida que el sermón avanzaba, continuó: "... y hablando del pecado, que está en todas partes porque el demonio es ubicuo, me quiero referir hoy a esa película que está vergonzosamente en cartelera y que se llama "Gilda". Por lo que ha podido llegar a mi conocimiento sobre ella, se trata de una película a la que generosamente se ha clasificado como "para mayores de 18 años, con reparos". ¡Con reparos! Sólo nos faltaría que no los hubiera tenido, una película que es pornográfica casi, donde una libidinosa mujer lleva una vida libertina, licenciosa y nocturna, por los casinos prohibidos de Sudamérica, exhibiendo sin pudor su cuerpo, para despertar en el espectador masculino, el deseo y la concupiscencia. Ése es todo el mérito de esta... "señora", a la que no se le conoce marido, ni hijos, ni familia a la que atender. Ése parece ser el modelo de mujer que nos ofrecen los productores ateos de Jólivud, o como se diga, para torcer la senda recta en la que para volver a ella, tuvimos una guerra de Liberación de tres largos años. ¿Para eso luchamos? ¿Para que nos cuelen con la leche y el queso que sí que agradecemos al gobierno norteamericano, estas películas poco ejemplares, de vidas dedicadas sólo al juego, a la fornicación y a la holganza? Pues yo os digo, queridos hermanos y hermanas, aquí presentes, que aunque algún censor poco celoso de su labor, haya permitido su pase aún con la salvedad de "para mayores, con reparos", pues que yo, vuestro párroco, os prohíbo que vayáis a verla, como yo me he negado a hacerlo, al enterarme del contenido de la misma. Ahí tenéis películas como "Marcelino, pan y vino", ejemplarizantes y con el contenido religioso que conviene a los tiempos que vivimos. Que no cuente con mi absolución, aquél de vosotros que no haciendo caso de mi consejo, se adentre en el pecado de ir a verla, y venga después, "arrepentido", en busca del consuelo religioso de mi perdón. Por ahí, no voy a pasar. Advertidos quedáis". Y con recogimiento, misal en mano, bajó D. Adolfo las escaleras del púlpito, para continuar la misa.

En un silencio sepulcral estaba la iglesia, al ver el sentimiento sincero de su párroco, ante las tentaciones de la carne de todos conocidas. María, la de la carbonería de la calle Agustín, comprendía el drama interior de D. Adolfo, por la lucha entre el deber de perdonar al arrepentido, y la mano firme en prevenir el pecado. "Qué bien habla D. Adolfo ¿verdad...? Y tan recto, él...", susurró a su compañera de banco, que asintió bajo su mantilla, aunque le advirtió asustada: "Pues mi cuñado..., ya la ha visto", en una especie de angustioso "a ver qué hacemos". Pero fuere como fuere..., tenían un buen párroco.

La Sra. Esperanza.

"Pero... ¡padre...!, ¿a dónde va, Dios mío?", exclamó horrorizada de lo que estaba viendo: su padre, un señor de 96 años, que en tiempos había sido el reconocido contable de "Escoriaza y Fabro", la más importante empresa de Zaragoza, caminaba desnudo de cintura para abajo, por el pasillo de su casa, haciendo sus necesidades por la pierna abajo, al caminar. Había comenzado a gestar olvidos, con una demencia senil que padecía desde hacía más de 20 años, envuelta con una salud de hierro en lo físico, que le había ido borrando los gestos de la cara y perdida la mirada. "Esperanza... la cena, que tienes que hacer la cena...", era la cantinela que decía a todas horas, y día tras día. Y su hija, Esperanza, viuda, con 73 años, se había hecho cargo de él al quedarse viudo a los 68 años. Vivían en la calle San Agustín, en el nº 7, en el piso 3º, porque era el que se habían quedado en 1930, cuando decidió el padre, invertir sus ahorros en ese inmueble de 6 viviendas y un local en los bajos (destinado a taller de carpintería), para que las rentas generadas por el alquiler de los otros pisos y del local, fueran el sustento de su vejez. Elegir esa altura, por la amplia terraza de la que disponía la vivienda, lo estaban pagando caro ahora, que ni las piernas de él, ni las de ella, apenas los sostenían, obligándoles las escaleras, a vivir enclaustrados. Con una pensión exigua del padre, y unos alquileres que iban percibiendo a duras penas, por las dificultades de la vida de sus inquilinos, iban tirando mal que bien.

A Esperanza, la enfermedad eterna del padre, los pleitos con los vecinos para el cobro de los alquileres, junto a la soledad en que llevaba todos estos problemas, le agriaron su carácter. En su juventud fue alta, guapa y orgullosa. Y no le faltaba de nada, casada con un alto funcionario del Ayuntamiento de Zaragoza, del que se decía que era muy guapo, y también, que sabía aprovecharse de ese viento favorable en su vida, en cada ocasión que se le presentaba. A ella, su enamoramiento le podía más, que los celos. De golpe, su mundo, su vida y sus sentimientos hacia él, cambiaron súbitamente cuando en 1930, en la carretera de Madrid, en un cruce a la altura de La Almunia, el Chevrolet Master Six nuevecito, que habían puesto a disposición de los altos cargos para asuntos oficiales del Ayuntamiento y en el que iban él y su secretaria 20 años más joven, chocaba contra un carro que cruzaba la carretera, a cámara lenta, cargado de bloques de piedra. Oficialmente, iba a estar ese día en Tudela y no volvería a casa, hasta la hora de la cena. Funcionario, secretaria, carretero y la pareja de bueyes, pasaron a mejor vida, al instante, perdiéndose todos ellos, los momentos históricos que iban a ocurrir en España en los años siguientes. Esperanza, ya no se recuperó de todo lo que se le quedó en aquél cruce.

De su juventud, altura, belleza y orgullo, sólo este último seguía intacto. El resto, eran sólo cenizas.

Se arremangó ante lo inevitable que tenía frente a sí y, sorteando como pudo el rastro dejado por el padre, se lo llevó al baño, lo desnudó y lo metió a la bañera. "Esperanza... la cena, que tienes que hacer la cena...", repetía ajeno a todo, mientras le restregaba con la esponja y el agua se iba llevando por el sumidero, sus miserias. Esperanza, ya, ni oía la cantinela del padre y sólo le pedía Dios, que no la sobreviviera. Por toda ayuda, tenía un hermano que vivía en Bilbao y, una vez al mes, la llamaba para ver cómo estaban.

Lavado, mudado y peinado, esperaba que aguantara su incontinencia..., un par de horas, al menos. Lo sentó en el sillón del comedor, junto a la radio, y con cualquier programa que le sintonizaba, dejaba ya de recordarle a su hija, lo de la cena. Ahora, ya sólo tocaba emprenderse con cubo, bayeta y cuerpo a tierra, a limpiar el caminito trazado por el padre, en las baldosas del pasillo. Al cabo de un rato de trabajo, no quedaba ni rastro de lo físico y, los aromas, se fueron por las ventanas abiertas de la casa, en aquella tarde fría de diciembre, a costa de igualar la temperatura de la casa, con la de la calle.

Sólo faltaba ya, el carbonero, que mientras no viniera, no podría calentar la casa. Y se sofocaba pensando en que por la mañana, a más faltar, le iba a llevar un saco. Y eran las 7 de la tarde y ni rastro de ese hombre que, con sus aspiraciones de cambiar el mundo, no tenía tiempo para estas cosas intrascendentes.

En esto, sonó el picaporte de la puerta de la calle, 3 veces: "Ése es, menos mal", agradecida y cabreada, a un tiempo. "Me va a oír, vamos, si me va a oír...". Tiró de la cuerda que abría la puerta del patio, y se asomó por el hueco de la escalera. También salió al rellano la Sra. Acracia, del piso izquierdo, pero ya, Esperanza le dijo elevando la voz, porque era un poco sorda, que se metiera para su casa, que era para ella aquella visita. Abajo, en el hueco del patio, vio a Pedrito, el hijo del carbonero, que acompañado de otro chico más, le decía que le traía el saco de carbón, y que si lo quería bajar a buscar. Se contuvo. Se contuvo, y le dijo que se lo subieran, por favor. Y desde allí, los contempló esforzándose con aquél saco que abultaba más que ellos, tirando de él, escalón tras escalón. Menos mal. Ahora que ya tenía el suelo recién fregado y el padre tranquilizado para un rato..., también iba a poder calentarse esa noche. Dios apretaba, pero no ahogaba.

F I N